

**MENSAJE DEL MINISTRO GENERAL
A LA FAMILIA TRINITARIA
CON OCASIÓN DE LA
SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

Lit. Circ. 03/2026

B.S.SS.T



Queridos hermanos y hermanas. Al acercarse la solemnidad de la Santísima Trinidad, día en el que toda nuestra Familia Trinitaria glorifica al Dios Uno y Trino, fuente de comunión, de misión y de libertad, deseo hacerme presente en cada uno de vosotros por medio de esta carta.

Este año, la celebración de nuestra fiesta adquiere un significado particular, pues se cumple el centenario de la llegada de los Trinitarios a Madagascar. El 4 de junio de 1926, pocos días después de la Solemnidad de la Santísima Trinidad, el primer grupo de religiosos trinitarios, entre los que se hallaba el Venerable Mons. Giuseppe Di Donna, partió de Roma acompañado por el Ministro General de aquel tiempo, el P. Francisco Javier de la Inmaculada Concepción. Todos ellos se sentían animados por el deseo de llevar el Evangelio, testimoniar la caridad redentora y encarnar el carisma trinitario en una nueva tierra de misión.

Aquel momento fue más que una simple expansión geográfica de la Orden: fue una expresión concreta de nuestra identidad más profunda y del dinamismo propio del carisma de san Juan de Mata.

Al evocar hoy el inicio de aquel viaje, podemos reconocer en aquellos hermanos —y en todos los religiosos y religiosas trinitarios que partieron hacia Madagascar en los años siguientes— el coraje evangélico de quienes aceptan atravesar fronteras culturales, lingüísticas y religiosas para dejarse guiar por el Espíritu. Ellos partieron no para conquistar, sino para servir; no para imponer,

sino para compartir; no para hacer proselitismo, sino para anunciar el Reino de Dios; no para expandir la Orden, sino para edificar la Iglesia y ser testigos de la verdadera libertad que nace del amor de Dios.

La memoria del centenario de Madagascar nos invita, pues, a reflexionar sobre la dimensión misionera del carisma trinitario, una dimensión que pertenece a nuestro origen y que sigue siendo hoy criterio de autenticidad de nuestra vocación.

1. Un carisma nacido en las fronteras

La Orden de la Santísima Trinidad y de los Cautivos nació en un tiempo marcado por divisiones, conflictos religiosos y esclavitud. San Juan de Mata y san Félix de Valois comprendieron que el Señor los llamaba a hacer visible en el mundo el misterio de la Trinidad mediante obras de misericordia y de redención.

Desde sus orígenes, los Trinitarios fueron hombres sin fronteras. Nuestras comunidades no se encerraron en espacios protegidos, sino que se dirigieron hacia las periferias geográficas, culturales y existenciales de su tiempo, allí donde la humanidad padecía la pérdida de la libertad y de la dignidad.

Un aspecto singular de la misión redentora de los Trinitarios es que, para la redención *de los cautivos*, debían internarse más allá de las fronteras del mundo cristiano para encontrarse con aquellos enemigos contra quienes ese mismo mundo había desencadenado las cruzadas. La obra de rescate de los cautivos favoreció desde el principio el contacto entre los Trinitarios y los musulmanes. Es más, la Sede Apostólica estableció, a través de nuestros religiosos, un cauce privilegiado para el diálogo de vida y para las obras de justicia y caridad con el mundo musulmán.

Aquel movimiento no fue simplemente una necesidad histórica; expresaba una opción evangélica concreta: ser signo de paz y puente de fraternidad con el mundo musulmán, un cauce de diálogo a través de la caridad que promueve el bien de todos.

La misión trinitaria nació del encuentro entre contemplación y compasión. Quien contempla la Trinidad no puede permanecer indiferente ante las heridas de la humanidad. La misión trinitaria seguirá teniendo futuro solo si sabemos mantener vivo el vínculo entre la contemplación de la Trinidad y el servicio a la libertad del hombre.

El Dios que es comunión impulsa siempre hacia el otro; el Dios que es amor abre continuamente a la misión. Por eso, el carisma trinitario posee, en su ADN espiritual, una apertura misionera natural.

2. La misión como fidelidad creativa

Al celebrar el centenario de nuestra presencia en Madagascar, estamos llamados a reconocer que la misión no pertenece solamente a la historia de la Orden, sino que constituye su presente y su futuro.

Nuestra fidelidad a los orígenes no consiste en replicar moldes del pasado, sino en mantener vivo el impulso que nos lleva allí donde la libertad humana está amenazada y el Evangelio espera ser anunciado con obras y palabras.

También hoy el Señor nos conduce hacia nuevas fronteras. Estas no coinciden siempre con tierras lejanas. Existen fronteras culturales, espirituales, sociales y existenciales que esperan ser habitadas por hombres y mujeres capaces de testimoniar la libertad evangélica.

Vivimos en un mundo atravesado por profundas contradicciones. Crecen las posibilidades de comunicación, pero aumentan también la soledad y el individualismo. Se multiplican los contactos entre pueblos y religiones, pero con frecuencia emergen nuevos miedos, conflictos y cerrazones. Crece la conciencia de la dignidad humana y de los derechos internacionales, pero aumentan también las formas de opresión y de violencia.

Muchos hombres y mujeres experimentan formas de esclavitud interior: dependencias, pobrezas espirituales, violencias, injusticias, pérdida de sentido e indiferencia religiosa.

No podemos olvidar aquellas fronteras marcadas por la guerra y la persecución religiosa, especialmente allí donde los cristianos son una minoría religiosa que corre el riesgo de desaparecer. Tampoco podemos olvidar que la primera expresión de la dignidad trascendente de todo ser humano es la libertad religiosa, madre de toda otra forma de libertad y medida y garantía de todo derecho humano.

Nuestra solidaridad con quienes sufren a causa de la fe en Cristo tiene verdaderamente una dimensión universal.

En este contexto inquietante y dramático, la misión trinitaria conserva toda su actualidad. Estamos llamados a anunciar que toda persona ha sido creada para la libertad y para la comunión. Nuestra espiritualidad nos enseña que nadie puede salvarse solo y que la fraternidad no es un ideal abstracto, sino el reflejo del mismo misterio de Dios.

Por eso, la misión no puede ser considerada un sector específico de la vida de la Orden. Es una dimensión constitutiva de nuestra identidad. Cada comunidad trinitaria debe sentirse misionera; cada religioso, cada religiosa y cada laico trinitario debe preguntarse continuamente cuáles son hoy las nuevas esclavitudes y las nuevas fronteras que el Señor nos pide alcanzar.

3. Madagascar: una bendición y un signo profético

La historia de la misión en Madagascar representa un signo luminoso de esta fidelidad creativa.

Los misioneros que partieron en 1926 llevaron consigo entusiasmo y confianza en la Providencia. Supieron insertarse en la realidad local con humildad y perseverancia, compartiendo la vida del pueblo malgache y dejándose evangelizar por su cultura y su fe.

A cien años de distancia, damos gracias al Señor por tantos religiosos, religiosas y laicos que han entregado su vida en aquella tierra. Muchos vivieron en el silencio; algunos afrontaron sacrificios, enfermedades y soledad; todos contribuyeron a edificar la Iglesia y a hacer presente el carisma trinitario.

La Santísima Trinidad nos ha bendecido con numerosas vocaciones, que son un gran don, pero también una gran responsabilidad.

Madagascar nos recuerda que la misión auténtica nace siempre del amor y genera fraternidad. Allí donde el misionero vive sinceramente el Evangelio, nacen nuevas relaciones, se fortalecen la justicia y la paz, y se abren inesperados espacios de esperanza.

Hoy los religiosos y religiosas de Madagascar no son solamente fruto de la generosidad misionera del pasado, sino que ellos mismos son protagonistas de la misión universal de la Iglesia y de la Familia Trinitaria. Este es uno de los frutos más hermosos de la misión: las nuevas presencias se convierten, a su vez, en misioneras.

4. Familia Trinitaria en salida

La reflexión sobre la misión concierne a toda la Familia Trinitaria. Ninguna vocación puede sentirse ajena a este dinamismo.

Nuestras comunidades religiosas están llamadas a ser lugares acogedores, abiertos al encuentro y capaces de diálogo. El testimonio de la fraternidad es ya una forma concreta de evangelización en un mundo marcado por divisiones y polarizaciones.

Las monjas trinitarias participan íntimamente en la misión de la Orden a través de la fuerza escondida de la contemplación y de la intercesión. Su vida nos recuerda a todos que la misión nace siempre de la oración y de la escucha de Dios.

Las religiosas y los religiosos trinitarios, presentes en tantos contextos educativos, sanitarios, sociales y pastorales, continúan manifestando el rostro misericordioso de la Trinidad junto a los pobres, los pequeños y los que sufren.

Los laicos trinitarios están llamados a vivir el carisma en las realidades cotidianas de la familia, del trabajo, de la cultura y de la sociedad. Todos estamos llamados a dar esperanza y redención a tanta humanidad herida, privada tantas veces de su dignidad y de sus derechos.

En un tiempo en el que el Evangelio debe llegar a ambientes cada vez más complejos, el carisma de san Juan de Mata es precioso y necesario, como en sus orígenes y quizá aún más.

5. La misión como garantía de futuro

Queridísimos hermanos y hermanas, el centenario de la presencia en Madagascar no debe limitarse a una conmemoración del pasado. Debe convertirse en una provocación espiritual para nuestro presente y para nuestro futuro.

Quizá el riesgo más grande para nosotros hoy no sea la pobreza de medios, sino la pérdida de la audacia misionera. A veces podemos sentirnos tentados por el cansancio, la cerrazón o el miedo al cambio. Sin embargo, el Espíritu Santo sigue llamándonos a «ir más allá», como hicieron nuestros hermanos que partieron de Roma en 1926.

Esta audacia nace del redescubrimiento de la centralidad del Evangelio; de una fraternidad auténtica siempre abierta; del reconocimiento de la diversidad como riqueza; de la cercanía a los pobres y a los excluidos; de la capacidad de leer los signos de los tiempos y de saber colocarnos siempre del lado del Evangelio, incluso cuando resulte impopular.

La dimensión misionera ofrece a nuestra consagración un horizonte universal; por eso es importante que no sea descuidada en los programas y procesos formativos. Hoy más que nunca es esencial formar religiosos y laicos con sensibilidad misionera. Tal sensibilidad es fermento de esperanza para todos nosotros.

Conclusión

Al contemplar el misterio de la Santísima Trinidad comprendemos que la misión nace del corazón mismo de Dios. El Padre envía al Hijo; el Padre y el Hijo dan el Espíritu; la Trinidad es comunión eterna que se abre al mundo. La redención del hombre es obra de la Trinidad. En esta obra participamos también nosotros, como nos dijo el papa Francisco, de manera literal, ofreciendo incluso nuestra propia vida si fuera necesario.

También nosotros somos enviados. Encomendamos este camino misionero a la Virgen María, Madre del Buen Remedio, que acompaña a la Familia Trinitaria a lo largo de su historia y sostiene a cada discípulo en la fidelidad al Evangelio.

Que san Juan de Mata y san Félix de Valois intercedan por nosotros para que la Familia Trinitaria continúe siendo en la Iglesia y en el mundo signo de comunión, de libertad y de esperanza.

Con afecto fraterno, os bendigo a todos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Roma, 17 de mayo de 2026

Solemnidad de la Ascensión del Señor



P. fr. Luigi Buccarello O.S.S.T.

fr. Luigi Buccarello, O.S.S.T.
Ministro General